

»Escuelas Pías, respondió el niño, porque nos enseña el P. José que en peligro de muerte, debemos hacer el acto de Contrición, y procurar que lo hagan los demás.» No podemos dejar de observar cuán práctica era la enseñanza de José, inspirando fórmulas de actos tan abreviados. Un francés de la misma edad hubiera repetido á su padre uno de esos actos de contrición de siete ú ocho líneas, como los que tenemos en los Catecismos, y el desgraciado hubiera tenido tiempo bastante para morir antes de concluir la mitad. El Obispo de Lucca quedó tan sorprendido como edificado, y quiso ver por sí mismo aquella nueva Escuela de que nunca había oído hablar, volviendo después á ella muchas veces; ¡tanta fué la admiración que le causó!

Gran número de Prelados, de Principes y de Cardenales quisieron conocer por sí mismos los éxitos de aquellas clases; sus visitas eran incesantes: jamás se había visto cosa igual ni en el número ni en el orden: eran clases perfectas bajo todos los aspectos. Pero su aumento tan rápido como incesante ponía á José en grandes apuros. Ya hemos visto cómo, abiertas las Escuelas en la casa parroquial de Santa Dorotea, no pudiendo seguir en aquel tan estrecho lugar, hubo necesidad de tomar la casa vecina. Han pasado á una casa cerca del Campo de Flora, añadiendo también la casa contigua: es bastante para seiscientos alumnos, pero aumenta el número de modo que es necesario pensar en nuevo cambio de casa, el tercero en menos de dos años. Todas las previsiones de nuestro Santo han sido sobrepajadas: allí está el dedo de Dios. En 1601 arrendó en doscientos escudos, algo más de mil pesetas, la mayor parte del palacio de Mgr. Octavio Vestri, donde más tarde se establecieron los Teatinos. Preparó el Santo el salón más amplio para Capilla, instaló en sus habitaciones á los Maestros, se entregó á los oficios más humildes, y después trasladó una por una todas las clases compuestas ya de más de setecientos alumnos. No podía ser más maravilloso el resultado, pero el Santo lo compró á precio de pruebas rudísimas. El curso de toda su vida está reducido al paralelismo que existe entre los magníficos resultados y grandes éxitos de su obra y los sufrimientos de su persona.

Para regular con más exactitud los ejercicios de la Casa, compró José una campana bastante grande que debía colocarse en el punto más elevado del patio. Reunido todo el personal de Profesores y alumnos, fué á bendecirla Mgr. de Sidonia, y por espíritu de fe, quiso José ponerla por sí mismo en su lugar, cosa muy fácil á sus fuerzas hercúleas. Se cargó la campana en el hombro, subió por una elevada escalera, y apenas llegó á colocarla, cuando el demonio, resuelto á deshacerse de un enemigo que le hacía tanto mal, lo lanzó de la escalera. Al hablar aquí del demonio y en un suceso que pudo tener una causa natural, hablamos de él en el sentido más estricto de la palabra, porque muchas personas, que se habían colocado en las ventanas de las casas vecinas para ver las ceremonias, vieron una

sombra terrible que se precipitaba sobre él, como ellas mismas lo afirmaron. Con tal caída debía infaliblemente perecer un hombre de cuarenta y siete años, tan alto y tan pesado. Pero Dios que había permitido la prueba, quiso conservar todavía por mucho tiempo para el establecimiento y perfección de su importante obra. San José se rompió el femur y la pierna. Acudieron en su auxilio sus compañeros: lo transportaron á la habitación con grandes dolores, y llamaron inmediatamente á los médicos. Declararon gravísimas aquellas roturas, y no ocultaron que era imposible á aquella edad una curación perfecta. Sin embargo, se hicieron las dos curaciones con dolores grandísimos, soportados con una fuerza de alma que asombró á todo el mundo. El mismo animaba á los que le curaban, y bendecía al Señor que quería que padeciese por su gloria, pero llegó á su colmo el asombro de todos, cuando, terminada la operación, en el momento en que más necesario le era el reposo, llamó á su habitación á todos sus compañeros, y olvidándose enteramente de sí mismo, les habló de la educación de los niños y del sostenimiento de una Congregación que hacía ya tanto bien. Después, considerando aquella coyuntura favorable y providencial, les pidió que eligiesen nuevo Superior, puesto que en adelante ya no podría él cumplir con el cargo. Todos se opusieron al principio á semejante proposición; pero, atendiendo á sus instancias, y no queriendo contrariarle en tan gravísimo estado, le suplicaron que tuviese á bien designarlo él mismo. Manifestó José sus apuros, hallándolos á todos igualmente capaces; por fin eligió á D. Andrés Basso, excelente sacerdote, y uno de los que más le ayudaban. Todos por unanimidad lo eligieron Prefecto de las Escuelas Pías.

Larga y dolorosa fué la enfermedad; pero indemnizó Dios á su siervo con abundancia de consuelos que inundaron su alma, y sobre todo con la llegada de nuevos y excelentes operarios que jamás, sin aquel grave accidente, hubieran soñado en unirsele.

Fué el primero un sacerdote de Sevilla, D. Tomás Victoria, caballero y doctor en Teología, que por casualidad había hecho el viaje á Roma con nuestro Santo en 1592. Habiendo vuelto á la Ciudad Santa en aquella misma época, tuvo noticias del accidente acaecido á su compatriota, y fué á visitarle. Grande fué su admiración al tener conocimiento de los detalles de aquella caída, que hubiera causado su muerte, si no lo hubiera reservado Dios para terminar su obra. Aprovechó la ocasión José para hablarle de la vanidad del mundo, de los numerosos contratiempos que pueden destruir nuestros sueños de ambición, y del cuidado y atención que debemos poner en el negocio de nuestra alma, abandonándonos absolutamente á la Providencia de Dios. El medio más infalible de agradarle, le añadió, es consagrarse á la educación de la juventud. Conmovido Victoria con aquel discurso, pidió al momento ser admitido: y perseveró hasta la muerte en aquella hermosa vocación.

El segundo tuvo una vocación más extraordinaria todavía;

se llamaba D. Gaspar Dragonetti; era de la nobleza siciliana, y habiendo recibido los órdenes menores, y obtenido una canongía, sus inclinaciones le llevaron á la educación de la juventud. Tenía sesenta años, cuando fijó su residencia en Roma, teniendo la clase en su misma casa antes que hubieran fundado los Jesuitas el Colegio Romano. Confiábanle estos sus alumnos; y tuvo entre ellos al célebre P. Manuel Alvarez, autor de una gramática muy conocida todavía. Tenía en su casa como pensionistas una docena de caballeros jóvenes de las principales familias de Roma, y muchos otros habían llegado á ocupar los puestos más elevados, y aun al Cardenalato. Su grande experiencia le había hecho conocer las inapreciables ventajas de la buena educación, y por eso había visto con tanto gusto la fundación y los progresos de las Escuelas Pías. Habiendo tenido conocimiento de la caída de Calasanz, tuvo gran pena, y quiso manifestársela. No le conocía todavía José, y quedó grandemente entusiasmado al ver á un santo, á un venerable anciano que tenía ya cerca de los cien años. En su larga carrera había ganado Dragonetti bastante para asegurar el reposo de su poco gastada vejez; pero robusto aún y lleno de vida, á pesar de la edad, continuaba con las clases, dando á los pobres lo que le sobraba de sus rentas. Inmediatamente pensó José que se lo había enviado Dios para admitirlo en su Congregación, y después de saludarle y expresarle su gratitud por sus sentimientos de pésame, le dijo estas palabras que nos han conservado sus historiadores. «D. Gaspar, »;cuánto le agradecería Dios, si quisiera usted ocuparse en la »obra de las Escuelas Pías. No sé si querrá que me ocupe aún »en su servicio; pero, ya que le ha conservado á usted la salud »hasta tan avanzada edad, es que tiene sobre usted amorosos »designios. Distribuyendo sus bienes á los pobres, usted gana el »Paraíso para el cual todos hemos sido llamados; muy bueno »es; pero ¿cuál no sería su mérito, si se diese usted mismo con »su inteligencia y con su amor á la juventud? No siempre podrá »usted dar limosnas, mientras que durará más que usted el bien »que haga ó los niños. Le invita á usted la Santísima Virgen »que es la Madre de los pobres: acepte usted la invitación de »tan amorosa Madre, y entréguese usted á ella».

Conmovieron al Santo Viejo aquellas palabras inspiradas por Dios, y contestó: «Determinación tan grande exige mucha »reflexión: volveré mañana á ver á usted, y hablaremos largo». Salió, se dirigió al punto á una Iglesia, se postró en la presencia de Dios, y se levantó persuadido de que le llamaba el Señor, y sin dejarse arrastrar de esas deplorables tergiversaciones que anulan tanta vocación, mandó decir á los padres de sus alumnos que fuesen pronto á hacerse cargo de ellos. A la mañana siguiente hizo llevar todos sus muebles á las Escuelas Pías, y dijo á sus discípulos, que si todavía querían asistir á sus clases, le encontrarían en aquella nueva casa, donde continuaría enseñando, pero sin retribución alguna. Más tarde daremos

cuenta de los servicios prestados por Dragonetti que vivió hasta los ciento veinticinco años, y fué declarado venerable. Murió como Moisés habiendo conservado la vista y los dientes en el mejor estado.

Por fin, el tercero, pues no queremos hablar sino de los principales, fué D. Gelio Ghellini, caballero de Venecia, Canónigo Penitenciario de aquella Catedral, y Doctor en Teología. Después de haber fundado una Casa de socorros, quiso hacer mucho más por la gloria de Dios, fundando una Congregación eclesiástica, consagrada á trabajar por la salvación del prójimo. En aquellos tiempos no se contentaban muchos sacerdotes con el ministerio ordinario, pegándose á las comodidades temporales y á las rutinas incompatibles con el verdadero celo. Después de renunciar la Canongía, se atrajo á muchos de sus colegas, entre otros al Conde Sebastián de Londrone y á D. Simón Fiori, cura de Arpino, de la Diócesis de Pérgamo. Habiendo llegado á Roma D. Fiori, admiró como tantos otros las Escuelas Pías, y pensó que entraban por completo en el plan de Gelio: dióle noticia de lo que había visto, y renunciando Gelio al proyecto de fundación de una nueva Sociedad, se dirigió á Roma, y se presentó á Calasanz pidiendo ser admitido. Altamente complacido quedó José á quien había concedido el Señor gran discernimiento de las almas, al ver á sus pies á Gelio: le abrazó con efusión, le recibió inmediatamente, y le dió el empleo de presidir la oración que hacen los niños en el Oratorio. Esta admisión fué del mayor consuelo para nuestro Santo que pudo repetir desde entonces lo que dijo á la muerte de Gelio, cuya carrera fué tan breve: «Deben felicitarse las Escuelas Pías de haber poseído á Mgr. Gelio Ghellini, aunque haya sido por tan poco tiempo». En efecto, aquel joven fué declarado venerable como el viejo Dragonetti. El Cura de Arpino, D. Simón Fiori, siguió á las Escuelas Pías á su santo amigo.

Bien recompensados estaban los largos padecimientos de José con semejantes adquisiciones. Por eso, lejos de quejarse, daba gracias á Dios que le había visitado, ofreciéndose á nuevos dolores, si Dios quería seguir bendiciendo su Obra y á sus queridos niños.

Después de muchos días le levantaron la cura los médicos. Quiso levantarse inmediatamente para acompañar á sus queridos niños; pero el P. Andrés Basso, que jamás se había resuelto á considerarse superior suyo, se sirvió al fin de su cargo, para prohibirselo en absoluto. Poco después, cuando se le permitió levantarse y andar con ayuda de una gayata, á pesar de la debilidad de la pierna enferma, apresuróse á bajar á las clases, arrastrando la pierna, y sirviéndose de las manos, con el deseo de enseñar á sus queridos discípulos tanto tiempo separados de él. Con el tiempo curó perfectamente, no sintiendo dolor alguno, sino en los cambios de tiempo, en que se hinchaba horriblemente la pierna, y le hacía sufrir mucho.



## CAPÍTULO VIII

### PRIMEROS OBSTACULOS

1602-1607

**H**ASTA aquí ha pasado la vida de San José entre los padecimientos y accidentes ordinarios de este mundo: vamos á entrar en el periodo de dolores que irán aumentando hasta el fin de su larga existencia, y le merecerán el nombre de Job del Nuevo Testamento. No sólo se hace más maravillosa su santidad, sino que la reconocen los más elevados personajes de la Iglesia, honrándole á porfia. Pronto le comunicará Dios el don de milagros. Entre tanto son ya una maravilla los resultados que obtiene en la educación de los niños, y que llaman la atención de todo el mundo. Por impenetrables designios de la Providencia aumentan proporcionalmente las persecuciones, concluyendo con aquellos desastres que señalan los últimos días de su existencia. Misteriosa conducta de Dios con las almas más santas: no nos es posible comprenderla enteramente no restándonos más que adorarla.

Entre los muchos Prelados que continuamente visitaban las Escuelas Pías, el más asiduo era Mgr. Vestri. Propietario del Palacio que había arrendado José, se había reservado un departamento para ir con frecuencia á edificarse con el contacto de aquellos santos sacerdotes y de aquellos admirables niños. Era Secretario de Breves del Soberano Pontífice, Clemente VIII. Un día, en audiencia con el Papa, dejó hablar á su corazón, y le contó los prodigios de las Escuelas Pías, la admirable caridad de los Maestros, y sus incesantes trabajos bajo la dirección de Calasanz, el hombre más perfecto que había conocido en la Ciudad. Clemente VIII, que había deseado siempre una obra semejante, se consideró feliz escuchando aquellos detalles de los labios de un hombre que le merecía toda confianza, y ordenó á Mgr. Vestri que le llevase cuanto antes al Santo Fundador. Fué recibido José por el Papa con todas las muestras de la más grande satisfacción, felicitándole por sus éxitos admirables, y por el acrecentamiento de su Obra. Quiso oír de sus labios hasta los más pequeños pormenores: le dijo que él mismo había tenido